



Padres y maestros, un solo corazón.

Estimado papá, estimada mamá, el lenguaje que empleamos para saludarlos a ustedes, por lo general es el de nuestro corazón y, hacemos hasta lo imposible para que genuinamente surja de nuestro propio corazón. Pues, así quiso el padre Champagnat que sus Hermanos se amaran con amor entrañable, con palabras nacidas de las entrañas, las que salen del corazón. Pues bien, con esas maneras entrañables de amarse los unos y los otros, fueron las formas cargadas de afecto con las que se relacionaron y trabajaron apasionadamente con los niños, los jóvenes y los padres de familia de su época. Por consiguiente, en este saludo con la fuerza del corazón para ustedes, me viene muy bien las palabras de Saint-Exupéry, en su obra, El Principito: **"He aquí mi secreto, que no puede ser más simple: solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos"**.

Tras la fuerza que me brinda este lenguaje del corazón, deseo ofrecerles una reflexión que salga también de las cosas del corazón. En este sentido, algunos entendidos nos han dicho a los educadores, que **sólo se aprende de aquellos a quienes amamos o, de lo que entrañablemente amamos**. Otros estudios nos han mostrado, que cuando el papá y/o la mamá exagera las palabras de afecto con su hijo o hija en un lenguaje sencillo, sin la ofensa de la sobreprotección, así como cuando le canta al tomarlo en sus propios brazos, hacerle sentir que está ahí presente, no para juzgarlo, sino para acompañarlo, para estimularlo con la medida propia de papá o de mamá, incrementa en su interior motivaciones profundas para aprender y aprender con sentido; es decir, para no olvidarse nunca en la vida. Eso mismo para con nosotros los maestros. Pero, aún más con nosotros. Los maestros tenemos que ingeniárnoslas para llenarlos de sorpresas evidentes, que ojalá traspasen los primeros pupilazos de sus ojos y penetren de emociones lo que les compartimos con la palabra, con los símbolos del arte, con el lenguaje de la música o del deporte; con la fuerza de don ejemplo, como también, con la exigencia apropiada para que todo quede grabado en su memoria de trabajo, en su memoria inmediata. Si este milagro no se da, no hay aprendizaje. Lo que la memoria inconsciente pueda grabar, no nos garantiza un aprendizaje duradero.

Contamos con la seguridad que usted papá o mamá nos encargó a sus hijos e hijas para que prosiguiéramos con un fin especial la formación inicial que emprendió en su hogar. Sin embargo, qué paradojas con las que nos encontramos. Pensamos que su hijo o hija ya viene con unas buenas pautas de crianza, como las maneras sencillas que vemos a primera vista: **Sabe saludar, sabe pedir un favor, sabe dar las gracias**. Pues muy pocos vienen con estos buenos inicios. ¿Qué pensarán ustedes? No lo sabemos. Los educadores pensamos que nuestros niños y niñas, nuestros jóvenes y señoritas que están en nuestras manos, son la riqueza imprescindible de nuestra institución, de nuestra ciudad, de nuestro departamento, de Colombia y del mundo entero. Estamos verdaderamente convencidos de que así es. Pero estas generaciones de niños y de jóvenes que son suyas y también nuestras, están trabajando muy poco, se cansan fácilmente. Carambas, el grado de motivación que tienen nuestros niños y jóvenes para aprender, pareciera que estuviera pagado con alfileres.



Padres y maestros, un solo corazón.

De un momento a otro se desprende, se desvanece y cuesta volver a emprender el ritmo exigido en el aprendizaje.

Entonces, ¿dónde está esa exigencia amorosa de papá y mamá que sea capaz de nutrir a su hijo o hija, en sus ganas por aprender? Que tanto los padres de familia y los maestros sepamos motivar el corazón de las jóvenes generaciones que tenemos en nuestras manos sobre el amor por el trabajo, sobre la pasión por la vida. No sé si con el ejercicio de **DON EJEMPLO** podamos convencerlos de que las grandes metas y los mayores alcances en la vida no se alcanzan sino con esfuerzo sostenido, luchado; en tantas circunstancias, esmerado.

¿Qué hace su hijo o su hija con tantos distractores en su tarea de aprender? Cuando estoy en los salones de clase o en los momentos de descanso con sus hijos e hijas, quedo asombrado con los semejantes equipos que cargan en sus bolsillos o en sus morrales. Extraordinarios celulares, que no son de cualquier precio; ni siquiera los maestros con categoría 14 tienen semejantes herramientas de lujo. Y las familias con un sueldo más o menos superior a mínimo, tampoco podrían obtenerlos. Estas herramientas dotadas de extraordinaria gama, según el lenguaje de nuestros jóvenes, ¿serán para ser mejores personas, para ayudar a sus padres cuando logran estar con ellos en sus agotadoras jornadas de trabajo del día a día? Acaso, ¿serán para imprimirle una mejor condición al aprendizaje en sus aulas de clase? Realmente, ¿para que serán esos objetos, cual perlas preciosas puestas en las manos de nuestros niños y jóvenes?

Estamos seguros de que esos afanes nos toca decidirlos a los adultos. Son cuestiones propias de los padres de familia y los maestros, porque nuestros niños y nuestros jóvenes se nos están saliendo de nuestras manos.

Pero, también es cierto que los maestros, como los padres de familia de nuestros niños y jóvenes de nuestra institución, tenemos que sentirnos tocados por las circunstancias de nuestros tiempos postmodernos para cambiar las maneras con las que aprendimos y, con las formas que aprendimos a defendernos en nuestras vidas. Y por supuesto, al pie de una vela en las noches oscuras de nuestras familias para hacer las muchísimas tareas que nos dejaban los maestros de aquel entonces o, ayudar a nuestros padres en los trabajos fuertes de casa o del campo. Y, vaya a protestar, porque entonces, la tarea se duplicaba. Así nos formamos y así hemos construido el futuro que hoy se lo ofrecemos a las nuevas generaciones que están en nuestras manos y en nuestro corazón. Sin embargo, hoy tenemos que abrirnos y acoger con el mejor sentido otras formas de aprender y de cómo ayudar a aprender; hacer las inversiones necesarias en los equipos de modalidad virtual que nos ayuden a desarrollar programas de calidad para familiarizarnos con las tecnologías emergentes y el pensamiento complejo tan necesario para desarrollar nuestro sistema neuronal, para fortalecer nuestro complejo sistema emocional. Pues, estas herramientas y las más cercanas a nuestra cultura, serán las que deberán tener a la mano las nuevas generaciones para implementar las nuevas soluciones que nuestro entorno y el desarrollo del país y del mundo les van a exigir.



Padres y maestros, un solo corazón.

Pues, queridísimos padres de familia, ustedes nos han encargado lo más grande y precioso de sus propias entrañas, sus hijos e hijas; sabemos bien que no podremos hacerlo todo, si ustedes no nos dan una manito. Es nuestro compromiso, el suyo y el nuestro, juntar las mejores voluntades, los mejores sentimientos, la más apasionada energía para acompañarnos en la construcción de un mejor futuro para sus hijos e hijas. Si ellos y ellas aprenden bien, estamos seguros de que los vamos a ayudar a pensar mejor; los vamos a dotar de mejores herramientas para que tengan mayores habilidades y competencias para resolver sus problemas, ser mejores personas en la vida, ser felices construyendo un mundo a la medida de sus grandezas. Recuerden que no somos dos cuerpos distintos, maestros y padres de familia, cada uno por su lado. Estamos llamados entrañablemente a ser un solo cuerpo, así como nuestro Dios nos soñó, hombre y mujer unidos entrañablemente. Pues, en otros contextos parecidos a los nuestros, he parafraseado con el corazón las palabras de Leonardo Boff: Dios no hizo a la mujer de la cabeza del hombre, para que fuera su altiva; tampoco la hizo de los pies de su compañero, para que fuera su esclava; la hizo del corazón del hombre; la formó de sus propias entrañas, para que fuera su compañera, su amada eterna y su complemento hasta la eternidad. Pues así los queremos a ustedes, queridos papás y mamás, unidos hasta la eternidad para educar apasionadamente a sus hijos e hijas, así como lo hicieron José y María para educar a su propio hijo, JESÚS, nuestro Redentor.

Que así sea.

Con especial aprecio,

Antidio Bolívar Enríquez Oviedo.